

LA DICTADURA DE TRANSICIÓN



Tardi: La dictadura del proletariado por Marx: Google Imágenes

Este título puede parecer oscuro, pero sintetiza de manera excelente, como desarrollaremos más adelante, la enunciación de algunos puntos de referencia programáticos en lo que se conoce como el «período de transición», al tiempo que subraya firmemente el hecho de que este último no puede realizarse sin la **«dictadura del proletariado para la abolición del trabajo asalariado»**. Los retos de esta «dictadura de transición» son fundamentales, ya que sintetizan las lecciones aprendidas del pasado, proporcionando pautas políticas para no repetir los mismos errores y orientar la transición hacia su superación en la sociedad comunista.

El programa del período de transición constituye así el núcleo del programa comunista integral del mañana. Ya hemos introducido esta temática en un texto de 2020: «Algunas reflexiones sobre el período de transición»¹ pero creemos que debemos ir más allá en la delimitación de hitos políticos para preparar el futuro. Por lo tanto, retomaremos el método materialista que acaba de recordar la revista «Bilan», el boletín teórico mensual de la Fracción Italiana de la Izquierda Comunista Internacional², quien, en introducción al texto de Mitchell³ sobre esta misma y fundamental cuestión de la transición, precisaba acertadamente:

«Para nosotros, no se trata de construir esquemas panaceas válidos de una vez por todas y que, mecánicamente, se adapten a todas las situaciones históricas. El marxismo es un método experimental y no un juego de adivinanzas y pronósticos. Tiene sus raíces en una realidad histórica esencialmente cambiante y contradictoria: se nutre de las experiencias pasadas, se temple y se corrige en el presente para enriquecerse con el fuego de las experiencias posteriores.» Bilan, N° 28, février- mars 1936.

En primer lugar, creemos que hay que descartar varios escollos teóricos. El primer peligro al abordar esta cuestión es basarse en un punto de vista constitucional, como si la garantía contra cualquier riesgo de contrarrevolución residiera en la existencia de una «doctrina constitucional» que, gracias a una o varias formas organizativas con un valor moral o ideológico intrínseco, fuera inmune a cualquier peligro de «retroceso». Lo mismo ocurre con la creencia en la «democracia directa», «soviética» y «obrero» como panacea mágica que sirve de salvaguarda contra cualquier degeneración, cuando estos organismos de auto-organización proletaria pueden degenerar ellos mismos al burocratizarse si no atacan directamente las relaciones capitalistas de producción y distribución.

¹A leer en nuestra revista Matériaux Critiques N°1 et sur notre site web : <https://materiauxcritiques.wixsite.com/monsites>

²Los resúmenes de la revista Bilan (1933-1938), así como la reproducción de sus textos esenciales, están disponibles en el sitio web. : <http://archivesautonomies.org/spip.php?article29>

³Jean Melis : <https://maitron.fr/melis-jean-baptiste-albert-leonard-dit-mitchell-nom-de-sa-mere-jehan-labarre/>

Para otros, complementariamente, sería la forma federalista y descentralizada la que permitiría tal garantía. No es así, y solo el contenido mismo de la lucha, su programa en el sentido de la defensa permanente de las necesidades e intereses históricos de la clase obrera, puede servir de brújula para el futuro. Esto puede parecer lejano, incluso «abstracto», y el activismo inmediato siempre preferirá posiciones «concretas», aunque sean erróneas, para mantener la ilusión de influir en la realidad de los movimientos en curso. Esto se corresponde con el mismo mito del bando que nos obligaría, para poder existir, a tomar posición en uno u otro bando y a «ensuciarnos las manos» necesariamente con la política burguesa.

A veces, en el ensordecedor bullicio de la actualidad espectacular, es preferible tomar distancia y situar las cuestiones repentinas en el contexto general del análisis del M.P.C para llegar a la raíz de la crítica sin dejarnos determinar por las contradicciones internas del sistema que combatimos. Esto es evidentemente así en el caso de los conflictos inter-imperialistas, en los que la barbarie de unos solo es comparable a la crueldad de sus competidores. La elección, aunque sea relativa, es siempre la del capitalismo y sus guerras. En el mundo del capital no existe el «mal menor» y las argucias partidistas, típicas del activismo izquierdista, no sirven, en última instancia, más que para atraer a una de las facciones imperialistas en liza.

La única posición internacionalista y clasista es la denominada «tercer campo».⁴ Este -y sobre todo su ausencia efectiva- sigue correspondiendo a la realidad de la impotencia del movimiento comunista actual, fuertemente determinada por la afasia política y la ausencia de luchas independientes, siempre sometidas al inmenso peso de la contrarrevolución.⁵ El segundo peligro reside, en nuestra opinión, en la negación o la dilución de las tareas del partido, en el «educacionalismo» para convertirlo en un «consejero espiritual» o en un simple apéndice del proceso de auto-organización de la clase. Sin embargo, el partido actúa y vive a través de sus militantes implicados en todos los niveles de los diferentes procesos de auto-organización.

El partido no es una estructura más que tendría -o no tendría- un contenido particular, sino el proceso mismo con el que se dota la clase para organizarse y alcanzar sus objetivos históricos y luego desaparecer. Por último, es esencial recordar, frente a todas las falsificaciones tanto de la izquierda como de la derecha, que el «marxismo de Marx» es fundamentalmente **anti-estatal**. Marx y Engels dedicaron gran parte de sus enfrentamientos políticos a luchar con ahínco contra el «socialismo de Estado» de Lassalle y otros, insistiendo en la necesaria medida revolucionaria de la desaparición del Estado.

*« Porque esta división llevada al extremo, esta bajeza, esta esclavitud de la sociedad civil constituyen el fundamento sobre el que se apoya el Estado moderno, del mismo modo que la sociedad civil de la esclavitud constituía el fundamento natural sobre el que se apoyaba el Estado antiguo. **La existencia del Estado y la existencia de la esclavitud son inseparables.** »* Marx, *Gloses critiques marginales à l'article: « Le Roi de Prusse et la réforme sociale »*, 1844, in Karl Marx, *Textes (1842-1847)*, p.80,

⁴Sobre esta cuestión, véase : Pierre Lanneret, « Les internationalistes du « troisième camp » en France pendant la seconde guerre mondiale, Acratie, La Bussière, 1995.

⁵Sobre la importancia de la contra-revolución, escribimos : « Qu'est-ce que la contre-révolution », en nuestra revista *Matériaux Critiques* N°11 y en nuestra página web : <https://materiaux.critiques.wixsite.com/monsite/textes>

Spartacus, 1970.

La dictadura revolucionaria de transición es un acto político para destruir la política. Del mismo modo, esta dictadura se constituye en Estado (más precisamente en semi-Estado), con el fin de organizar la superación de las clases, de sus luchas y, por lo tanto, su propia superación como Estado, permitiendo *«el derrocamiento del poder existente y la disolución de las antiguas relaciones.»* (...) *Necesita este acto político en la medida en que necesita destrucción y disolución. Pero allí donde comienza su actividad organizadora, y donde emerge su propio objetivo, su alma, el socialismo rechaza su envoltura política».* Ídem, págs. 89-90.

En esto radica el carácter dinámico y contradictorio del proceso revolucionario. Concentra la fuerza revolucionaria, pero también puede interrumpirse, volverse en su contrario, burocratizarse y crear entonces un monstruo invertido, aunque siga ataviado con los oropeles revolucionarios. Este es, evidentemente, el caso del estalinismo. En este sentido, la idea expresada en la famosa frase de Saint-Just durante la «Convención» de la Revolución Francesa, y retomada en mayo de 1968, conserva toda su relevancia: *«Los que hacen revoluciones a medias solo han cavado su propia tumba»*, Informe del 26 de febrero de 1794.

Algunos comentarios a modo de recordatorio

Como indicábamos en nuestra primera contribución sobre esta cuestión:

«Marx denomina «período de transición» al que comienza con la toma revolucionaria del poder por parte del proletariado organizado y que se prolonga hasta la «fase superior», el comunismo. No puede ser otra cosa que «la dictadura revolucionaria del proletariado» (Marx). Esta fase de transición es exactamente lo contrario de la anarquía de la producción capitalista. Su punto de partida es la abolición de la propiedad privada de los medios de producción por parte del proletariado. Marx la concibe como una organización colectiva, racional y humana del trabajo y las relaciones sociales». *«Algunas reflexiones sobre el período de transición»*, Matériaux Critiques, nº 1, 2020.

La duración del período de transición depende principalmente de su capacidad para generalizarse en todo el mundo, no solo geográficamente, sino también transformando, en la práctica obrera, las relaciones sociales de producción y, por lo tanto, también la vida cotidiana de todas las clases explotadas. Este período es fundamentalmente contradictorio y depende de la relación de fuerzas internacional entre la revolución comunista y la contrarrevolución en todas sus formas.

«El marxismo revolucionario ha establecido con precisión que (en el ámbito de la política) el paso del poder de manos de la burguesía a las del proletariado -entendido como un proceso histórico determinado- encuentra su expresión en el colapso de la antigua maquinaria estatal, que se desintegra en sus elementos componentes. El Estado, de hecho, no es un objeto que pasa de manos en manos, de una clase a otra, y que se puede heredar según las solemnes leyes del derecho familiar burgués. La conquista del poder estatal por parte del proletariado significa la destrucción del sistema estatal burgués y la creación de un nuevo sistema estatal en el que los elementos del antiguo sistema en ruinas son en parte destruidos y en parte entran en nuevas combinaciones, en un nuevo tipo de relaciones ». N. Boukharine, *Economique de la période de transition*, p.85, EDI, Paris, 1976.

Por eso, aunque nuestro programa histórico es anti-estatal, tendremos que utilizar, como ya se ha afirmado, la fuerza concentrada y dictatorial de un «semi-estado» para imponer las medidas y prácticas que conduzcan a su abolición. Además, debemos defender al mismo

tiempo la revolución de los inevitables ataques que la clase capitalista derrotada intentará lanzar contra ella, con la ayuda de las potencias capitalistas en las que la revolución social aún no ha tenido lugar o aún no se ha impuesto totalmente. Se trata de un proceso, de una transición, que necesariamente arrastrará consigo los restos y las cicatrices del modo de producción anterior, sino también los vestigios de las relaciones sociales anteriores. Al mismo tiempo, se tratará de su disolución/superación en una realidad cualitativamente superior que completará la acción voluntaria del proletariado para su auto-negación. La dictadura transitoria es el nudo gordiano de la estrategia y la táctica proletaria, ya que de este período dependerá el futuro de la humanidad.

Esta realidad contradictoria se manifestará en el conjunto de la sociedad, pero se concentrará en el semi-Estado, elemento central indispensable para imponer las transformaciones revolucionarias radicales, pero también importante fuerza de resistencia a las mismas, que favorece el mantenimiento del statu quo, que podría incluso ser vector de tendencias contrarrevolucionarias y reaccionarias. «La necesidad de «tolerar» al Estado durante la fase de transición entre el capitalismo y el comunismo se deriva del carácter específico de este período, definido por Marx en su «Crítica de Gotha»:

«Nos encontramos ante una sociedad comunista, no tal y como se ha desarrollado sobre sus propias bases, sino tal y como ha surgido, por el contrario, de la sociedad capitalista; por lo tanto, una sociedad que, en todos los aspectos: económico, moral, intelectual, aún lleva las huellas de la antigua sociedad de la que ha surgido». Bilan n°31, Mai-Juin 1936.

Esta realidad contradictoria propia del período de transición se refleja en el concepto-ambiguo y con múltiples desviaciones históricas- de «Estado obrero». Este concepto es en sí mismo un contrasentido porque, además de congelar un momento de la dictadura transitoria, induce una naturaleza diferente y específica de la función estatal, a saber, la reproducción de la sociedad y sus relaciones de producción dominantes. La dinámica de la transición se ve así interrumpida en beneficio del mantenimiento de un proceso social inconcluso y congelado en uno de sus momentos.

El objetivo comunista de una sociedad sin clases y, por tanto, sin Estado, queda entonces congelado en una fase intermedia que necesariamente intentará mantenerse tal cual (¡y como Estado!) o incluso retroceder (con el pretexto de «ganar tiempo») en el proceso de abolición/destrucción de las relaciones de producción capitalistas. Este tipo de situación, que implica la acentuación de la lucha de clases, puede cristalizarse entonces en una reconstitución híbrida, supuestamente momentánea, pero generadora de conversiones con una posible reaparición de los fundamentos y estigmas capitalistas aún no totalmente desmantelados.

« El período de transición (Marx lo llamaba fase inferior del comunismo), ya sea corto o largo, debe reflejar su propia naturaleza, como es lógico, mediante un avance continuo hacia la desaparición de las clases, clave para una libertad individual y colectiva inaccesible bajo el sistema asalariado, incluso liberal. » G. Munis, Parti- Etat, Stalinisme révolution, p.9, Spartacus, Paris, 1975.

La permanencia y la generalización de la revolución no deben limitarse, como se afirma con demasiada frecuencia, a la sola dimensión internacional, sino que deben abarcar todos los

aspectos de la sociedad y la vida. Esta transformación debe romper todos los aspectos y consecuencias más sutiles de la ley del valor para responder de manera profunda e inmediata a las necesidades humanas. Para defender permanentemente esta orientación, las fracciones revolucionarias deben continuar e intensificar su labor de dirección política, así como su crítica de cualquier debilitamiento y retroceso, incluso coyuntural. Todas estas lecciones se deducen directamente, de forma negativa, de la victoria de la contrarrevolución estalinista y de la comprensión teórica y práctica de la profundidad de su acción contrarrevolucionaria.

La creencia en un «Estado obrero» (y su defensa incondicional e indiscutible) constituyó así una de las bases objetivas de la idea contrarrevolucionaria del «socialismo en un solo país». Es esta mentira más que «desconcertante» (Ciliga) la que pesa y sigue pesando como una de las falsificaciones más terribles y siniestras de la teoría comunista. Ni Marx ni Engels teorizaron o siquiera mencionaron la posible existencia de un «Estado obrero o proletario». Para ellos, la sociedad comunista, incluso en transición, no necesita en absoluto un Estado - salvo un semi-estado encargado de la «administración de las cosas»- antes de su supresión definitiva por **extinción**.

«El proletariado toma el poder del Estado y transforma los medios de producción, convirtiéndolos primero en propiedad del Estado. Pero al hacerlo, se suprime a sí mismo como proletariado, suprime todas las diferencias y oposiciones de clase, y también al Estado como tal (...) El Estado no es «abolido», sino que se extingue.» F. Engels, Anti-Dühring, p. 316-317, Éditions sociales, 1977.

Es especialmente a Lenin a quien debemos la teorización, más que equívoca, de un «Estado obrero y campesino», aunque previamente subraya claramente que: «La clase obrera debe romper, demoler la «máquina del Estado ya preparada» y no limitarse a tomar posesión de ella. » V. Lenin, El Estado y la revolución, Obras, t. 25, p. 439, Éditions du Progrès, 1972.

Esta noción de «Estado obrero y campesino», además de intentar definir una nueva «naturaleza de clase» para el Estado transitorio, se basa en una «alianza interclasista» entre la clase obrera y la campesina, en el contexto de un desarrollo desigual y parcial del MPC, propio de la Rusia de principios del siglo XX. Esta representación antinómica servirá sobre todo para encubrir medidas puramente capitalistas bajo un término «socialista», introduciendo así una confusión programática mortal entre la sociedad burguesa y la perspectiva comunista. En efecto, el comunismo solo puede basarse en la negación/desaparición total del valor, del trabajo, del dinero, de los precios, de las fronteras, de la patria, de la familia...

« Por lo tanto, el período de transición deberá caracterizarse, ante todo, por un consumo que rompa con el precio de la fuerza de trabajo. La ley del valor debe romperse para dejar solo el valor de uso, medible, no en precios, no en dinero, sino en necesidades concretas, gama ilimitada. » G. Munis, Parti- Etat, Stalinisme révolution, p.23, Spartacus, Paris, 1975.

La confusión entre las medidas revolucionarias y las de continuidad capitalista, con el pretexto de que las reformas burguesas están incompletas, permitirá justificar la adopción, sobre todo en los países «atrasados», de medidas «dobles», a la vez proletarias, pero sobre todo burguesas y democráticas, en la medida en que el programa de la burguesía no se haya cumplido íntegramente. La incompletitud de la revolución burguesa es una constante en la historia, ya que pretende alcanzar la libertad, la igualdad y la fraternidad mediante el

desarrollo de la explotación, las desigualdades y la discordia. Por lo tanto, el programa de la burguesía, en contradicción insuperable con sus ideales proclamados, nunca podrá completarse totalmente. Solo la sociedad comunista tiene el proyecto y la posibilidad material de superar estas contradicciones y unificarse en una verdadera comunidad humana mundial.

Es fácil comprobar que las conceptualizaciones sobre la necesidad de un «Estado obrero» son puro producto de la contrarrevolución, esencialmente en sus formas estalinista y trotskista. En estos últimos, la terminología de «Estado obrero» suele matizarse con los calificativos «deformado» o «degenerado», para describir la degeneración burocrática del Estado «soviético» ruso, y se utiliza como sinónimo de «democracia popular», otra formulación confusa para designar las configuraciones del capitalismo maduro⁶ supuestamente «socialistas», pero más burocráticas y estatales. La fórmula «dictadura del proletariado para la abolición del trabajo asalariado» adquiere aquí también todo su sentido distintivo y esclarecedor.

El declive del Estado por extensión y extinción

La cuestión central será, por lo tanto, el proceso de transformación revolucionaria profunda que permita la extinción y la disolución de las funciones y estructuras estatales. Cuanto más asuma y ejerza colectivamente la clase obrera estas funciones de represión y reproducción en sus diferentes formas de organización, más perderán su necesidad como estructuras estatales separadas y desaparecerán progresivamente. Las diferentes funciones del Estado encargadas de gestionar la economía (producción y distribución), el ejército, la justicia, la educación, etc., se irán extinguiendo gradualmente al ritmo de la transformación de la sociedad transitoria en una comunidad unificada. Pero, como indica con gran clarividencia «Octubre», el órgano mensual de la Oficina Internacional de las Facciones de la Izquierda Comunista publicado en 1939, hay que permanecer alerta ante los peligros de una posible reconstitución del Estado burgués, incluso en formas imprevistas y «nuevas»:

*« La socialización⁷ de los medios de producción (cumplimiento de la tarea económica y jurídica del proletariado) adquiere su valor en el ámbito político, no en el sentido de que legitimará la naturaleza proletaria de la gestión del Estado, sino en el sentido, mucho más limitado, de que significa la destrucción del aparato de dominación de la burguesía. Aquí radica la noción central de la doctrina del Estado, ya que la socialización puede representar la **negación** de la clase burguesa, pero no basta para afirmar la clase proletaria. Además, solo en el ámbito político podemos encontrar los elementos que nos permitirán evitar que la negación de la clase burguesa, realizada a través de la socialización, se transforme en una nueva **afirmación** del capitalismo que se reconstituye, sin que su restauración se manifieste necesariamente a través de la reconstrucción de la sociedad sobre el principio de la propiedad privada de los medios de producción. » La dictadura del proletariado y la cuestión de la violencia, Octubre n° 5, agosto de 1939.*

El renacimiento de las relaciones sociales burguesas en el seno de la dictadura transitoria seguirá siendo el principal peligro de este período, mucho más pernicioso que el ataque frontal de la contrarrevolución abiertamente declarada. En una reunión celebrada en Forlì, la

⁶Sobre esta cuestión, remitimos al lector a nuestro texto : « État et capital : un rapport consubstantiel » dans notre revue Matériaux Critiques N°2, ainsi que sur notre site web : <https://materiauxcritiques.wixsite.com/mon-site/textes>

⁷En el sitio web: <https://archivesautonomies.org/spip.php?article3380>

izquierda comunista italiana ya había señalado que el capitalismo, en su desarrollo ascendente, había llevado a cabo la mayoría de las medidas indicadas por Marx y Engels en el «Manifiesto del Partido Comunista». Este texto anticipador de 1952, «El programa revolucionario inmediato», proponía una serie ajustada, y siempre indicativa, de medidas que debían adoptarse para impulsar la transición «en los países del Occidente capitalista».

«La lista de estas reivindicaciones es la siguiente:

- a) «Desinversión de capitales», es decir, una fuerte reducción de la parte del producto formada por bienes instrumentales y no por bienes de consumo.*
- b) «Aumento de los costes de producción» para poder, mientras subsistan los salarios, el mercado y la moneda, dar salarios más altos por menos tiempo de trabajo.*
- c) «Reducción drástica de la jornada laboral», al menos a la mitad de su duración actual, gracias a la absorción de los desempleados y de la población que hoy se dedica a actividades antisociales.*
- d) Tras reducir el volumen de producción mediante un plan de «subproducción» que lo concentra en los ámbitos más necesarios, «control autoritario del consumo» combatiendo la moda publicitaria de los bienes inútiles, voluptuosos y nocivos, y suprimiendo por la fuerza las actividades que sirven para propagar una psicología reaccionaria.*
- e) Rápida «abolición de los límites de la empresa» con transferencia autoritaria, no del personal, sino de los medios de trabajo con vistas al nuevo plan de consumo.*
- f) «Rápida abolición de los seguros» de tipo mercantil para sustituirlos por la alimentación social de los no trabajadores hasta un mínimo inicial.*
- g) «Detener la construcción» de viviendas y lugares de trabajo en las afueras de las grandes ciudades e incluso de las pequeñas, como medida para lograr una distribución uniforme de la población en todo el territorio. Reducir la congestión, la velocidad y el volumen del tráfico prohibiendo el tráfico innecesario.*
- h) «Lucha abierta contra la especialización profesional» y la división social del trabajo mediante la abolición de las carreras y los títulos.*
- i) Más cerca del ámbito político, medidas inmediatas evidentes para someter al Estado comunista la escuela, la prensa, todos los medios de difusión e información, así como toda la red de espectáculos y entretenimiento. »⁸*

Además de su carácter pedagógico y prospectivo, estas medidas indican la perspectiva revolucionaria, necesariamente rápida, que hay que adoptar en oposición al desarrollo capitalista. Subrayan la posibilidad concreta de una práctica revolucionaria ágil, que debe concebirse concomitantemente con la toma del poder político para instaurar la dinámica transitoria y transformar directamente la vida de los proletarios. Desde esta misma perspectiva, también hoy deberían actualizarse y adaptarse en función del catastrófico agravamiento del desarrollo capitalista y de los numerosos nuevos problemas que este genera: contaminación compleja, focos de guerra, destrucción cada vez más irremediable del planeta, etc. En cualquier caso, el alcance de las tareas que hay que realizar dependerá de la magnitud de la destrucción producida por la guerra civil mundial, a la que habrá que hacer frente de forma prioritaria -una cuestión de vida o muerte- incluso con los restos del aparato productivo

«La reunión de Forlì, que se celebró en el momento de la separación de la corriente «damenista», forma parte de una serie de reuniones que pretendían reaccionar contra el activismo que ignora la teoría, sentando las bases para la paciente labor de restauración teórica y programática del marxismo, completamente desfigurado por la contrarrevolución, restauración indispensable para disipar la confusión reinante incluso entre los pocos militantes revolucionarios y reconstituir el núcleo del futuro partido de clase. No se trataba de encerrarse en una torre de marfil, caer en el academicismo o rechazar la intervención práctica en las luchas cotidianas de la clase obrera, según las acusaciones lanzadas entonces contra nuestra corriente; se trataba de comprender la necesidad de dedicar el máximo de energías a la labor de restauración integral de la teoría y de basar sólidamente en ella la actividad, al margen de toda oscilación y desviación sugeridas por la búsqueda de un éxito rápido. » :

En el sitio web : <https://www.sinistra.net/lib/upt/prolac/muue/muueapebuf.html>

capitalista y sin poder abolir inmediatamente el trabajo con un simple decreto. Será casi inevitable tener que continuar con el desarrollo de las fuerzas productivas sociales; sin embargo, estas no son neutrales y, aunque estén en transformación, seguirán llevando la huella del M.P.C. Por eso, mientras existan relaciones sociales sometidas al capital, las fuerzas productivas seguirán siendo las del capital y deberán ser destruidas o transformadas radicalmente.

« En el sistema actual, si una espalda encorvada, una luxación ósea, el desarrollo y fortalecimiento exclusivos de ciertos músculos, etc., te hacen más productivo (más apto para el trabajo), tu espalda encorvada, tu luxación de las extremidades y tu movimiento muscular uniforme son una fuerza productiva. Cuando tu falta de inteligencia es más productiva que tu fecunda actividad intelectual, tu falta de inteligencia es una fuerza productiva, etc. Cuando la monotonía de una ocupación te hace más apto para esa misma ocupación, la monotonía es una fuerza productiva.» K. Marx, Manuscrit de 1845 à propos de l'ouvrage de Fr. List: Le système national de l'Economie politique, in Critiques de l'Economie politique, Textes inédits de 1845, EDI, Paris, 1975.

El desarrollo de las fuerzas productivas actuales no sirve a la abundancia para satisfacer las necesidades humanas, sino que organiza la producción (sobreabundancia cíclica y escasez relativa) con el único objetivo de generar beneficios y, por lo tanto, acumulación capitalista.⁹ La sociedad comunista se caracterizará por una solución fundamentalmente diferente a estos problemas, ya que se basará en una prosperidad generalizada y planificada, condición necesaria para la satisfacción de todas las necesidades realmente humanas y que permitirá la abolición del trabajo.

Como ya señalaba Marx: *«La mayor desgracia es cuando los revolucionarios tienen que preocuparse por el pan del pueblo»*.» Marx à Engels, le 19 août 1852. La izquierda comunista «germano-holandesa» también contribuyó a la reflexión sobre esta importante cuestión:

«Al comienzo del período de transición, cuando hay que reconstruir una economía arruinada, el problema fundamental consiste en poner en marcha el aparato de producción y garantizar la subsistencia inmediata de la población. Es muy posible que, en estas condiciones, se siga distribuyendo uniformemente los alimentos, como se hace siempre en tiempos de guerra o de hambruna. Pero es más probable que, en esta fase de reconstrucción, en la que todas las fuerzas disponibles deben emplearse al máximo y en la que, además, los nuevos principios morales del trabajo común solo se están configurando de forma gradual, el derecho al consumo esté vinculado al cumplimiento de algún tipo de trabajo. El viejo dicho popular «el que no trabaja, no come» expresa un sentimiento instintivo de justicia. Sin duda, esto equivale a ver en el trabajo lo que es en realidad: la base de la existencia humana. Pero esto también significa que, a partir de ahora, la explotación capitalista ha llegado a su fin, que se ha acabado la apropiación de los frutos del trabajo ajeno por parte de una clase ociosa, en virtud de sus títulos de propiedad.» Anton Pannekoek, Les conseils ouvriers, p. 71, Spartacus, Paris, 1982.

Lo que distingue esencialmente al marxismo vivo de todas las utopías es que afirma, sin atenuaciones ni disimulos, la necesidad histórica de la dictadura del proletariado.

«El marxismo recupera la posición de los utopistas, para quienes la descripción de la sociedad comunista es esencial, especialmente en lo que se refiere a los detalles de su estructura de infinita

⁹Por eso, tal vez sería conveniente cambiar, para describir la sociedad comunista, la expresión de la necesidad del desarrollo de fuerzas productivas diferentes y hacerlo de otra manera, mediante una formulación que indique la especificidad comunista de estas «nuevas fuerzas productivas» de la humanidad reconciliada.

amplitud y fecundidad. Lo que para él pasa a primer plano es la descripción de la sociedad pasada y presente, así como la deducción de los procesos de la revolución que se derivan de ella, la determinación precisa de sus características, las relaciones y estructuras que la fuerza revolucionaria deberá romper. Ya no se trata de demostrar, como hicieron los utopistas, que el comunismo es posible y superior al sistema capitalista, sino de probar -a los trabajadores con su teoría de clase y a los capitalistas con la fuerza de las armas- que es seguro, necesario e inevitable.» R. Dangeville, Introduction à F. Engels, K. Marx, Utopisme & communauté de l'avenir, p. 20-21, Maspero, Paris, 1976.

Además, esta dictadura para la abolición del trabajo asalariado no es más que la transición indispensable para la abolición de todas las clases y la constitución de una sociedad sin clases, sin dinero y sin fronteras. La negación del carácter indispensable de este período de transición, además de reducir el proceso revolucionario a un golpe de Estado efímero y local, reduce el marxismo revolucionario a un espontaneísmo que no comprende su pasado y reproduce, cada vez, sus debilidades y errores sin aprender nada de ellos como lecciones políticas para el futuro. El fortalecimiento del Estado transitorio, o más bien del semi-Estado de transición, en sus funciones represivas será muy probablemente necesario en la agitación caótica de este período, pero deberá ser estrictamente controlado por los organismos proletarios, entre los que figura en primer lugar el Partido, con el fin de impedir cualquier autonomización y reconstitución burocrática de un Estado.

Como afirma el Segundo Manifiesto Comunista del FOR: *«Solo la desaparición de la ley mercantil del valor, basada íntegramente en el trabajo asalariado, llevará a la extinción del Estado. Si no se orienta hacia esta desaparición desde los primeros días de la revolución, el Estado se transforma rápidamente en organizador de la contrarrevolución».*

El proceso de decadencia del Estado por extensión/extinción es la clave del período de transición hacia la sociedad sin clases, así como la mejor manera de medir el avance (o el retroceso) del curso de la revolución mundial. Es fundamental que reflexionemos sobre el complejo conjunto de estas cuestiones para marcar los hitos en la realización concreta del comunismo integral.

Octobre 2025 : Fj, Eu, Ms & Mm.

Bibliographie

Ouvrages :

- N. Boukharine, Economique de la période de transition, EDI, Paris, 1976.
- F. Engels, Anti-Dühring, p. 316-317, Éditions sociales, 1977.
- F. Engels, K. Marx, Utopisme & communauté de l'avenir, Maspero, Paris, 1976.
- Fomento Obrero Revolucionario, Pour un second Manifeste Communiste, Eric Losfeld, Paris, 1965.
- P. Lanneret, « Les internationalistes du « troisième camp » en France pendant la seconde guerre mondiale, Acratie, La Bussière, 1995.
- V. Lénine, L'État et la révolution, Œuvres, t.25, Éditions du Progrès, 1972.
- K. Marx, Glosses critiques marginales à l'article : « Le Roi de Prusse et la réforme sociale », 1844, in Karl Marx, Textes (1842-1847), Spartacus, 1970.
- K. Marx, Critiques de l'Economie politique, Textes inédits de 1845, EDI, Paris, 1975.
- G. Munis, Parti- Etat, Stalinisme révolution, Spartacus, Paris, 1975.
- A. Pannekoek, Les conseils ouvriers, Spartacus, Paris, 1982.

Sites web :

- Bibliothèque internationale de la gauche communiste : Le programme révolutionnaire immédiat, sur <https://archivesautonomies.org/spip.php?article3380>

Fragments d'histoire de la gauche radicale (archivesautonomies.org) :

- Bilan (1933-1938) sur <http://archivesautonomies.org/spip.php?article29>
- Octobre, organe mensuel du bureau international des fractions de la gauche communiste sur : <https://archivesautonomies.org/spip.php?article3380>
- Matériaux Critiques, sur <https://materiaux.critiques.wixsite.com/monsite/textes>